

HUMOR

EXPOSICION DE MAQUETAS

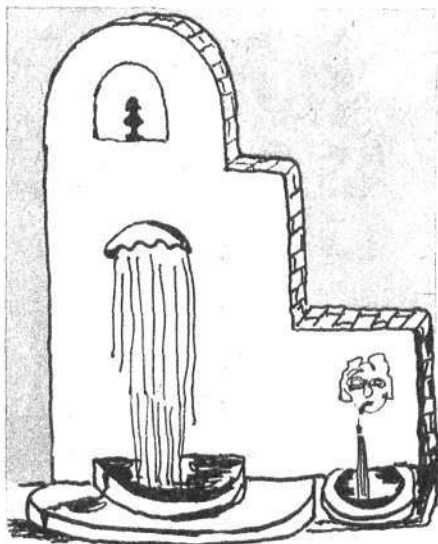
Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

ESTAMOS muy acostumbrados a ver exposiciones de proyectos escultóricos y hemos de reconocer paladinamente que todas parecen un alcobón en el que se presenta algo así como los monumentos de juguete que han hecho los niños.

Los mismos artistas nos han prevenido contra esas exposiciones. El buen escultor, en cuya obra creemos y cuyas creaciones sueltas admiramos, nos ha dicho en el momento de la pura confianza:

—En ese monumento he querido dar gusto al jurado... No hay más remedio que halagar su idea de la exuberancia y de la grandeza gigantesca.

Por eso muchas veces no voy a ver las aparatosas maquetas que intentan provocar el asombro de unos señores que no suelen ser artistas ni saben nada de arte.

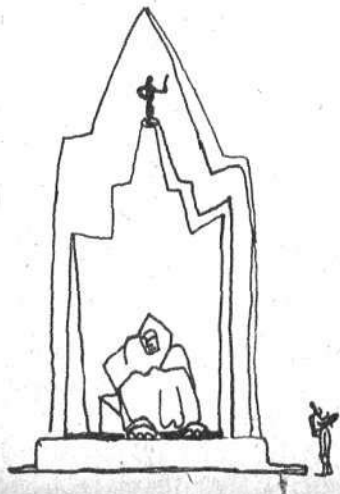


Claro que siempre el hombre genial tiene mano milagrosa hasta para los monumentos y tiene el don de mezclar pirámides con esfinges.

El pobre escultor está obligado a hacer esos grandes promontorios y, como son demasiado tentadores, para salir de pobre incurre en ellos. Es como si al escritor le obligasen a escribir ingentes obras de historia como único medio de solucionar su vida.

¡Qué dichosos tiempos aquellos en que el monumento era la figura humana, a lo más montada a caballo y después un pedestal proporcionado a lo que había de sostener encima!

Ahora el pedestal, la mole, la pared



medianera, el arrecife tienen más importancia que el ente figurativo que ha dado motivo al homenaje.

Hay maquetas que estatuyen un paredón y en una hornacina del inmenso frontón un pequeño busto del perennizado. Como añadido incurren en una o dos fuentes como si el perpetuizado hubiera sido un pez en vez de un sabio.

En el deseo de hacer urbanísticos los monumentos parecen querer hacer la competencia a las modernas casas de pisos, enfrentarse con ellas como diciéndoles: "¡más macizos somos nosotros!".

A veces se pregunta uno frente a estas maquetas: "¿Dónde está el estatuido?". Y es que el escultor para no quitar vista a la arquitectura ha escondido detrás de los grandes bastiones al pobre grande hombre que asoma apenas la cabeza detrás de los burladeros de piedra como jugando al escondite con la posteridad.

En otras maquetas el gran político o el gran pensador está casi invisible en lo alto de la roca viva y un ser extraño —la idea o la democracia— domina el monumento, sentado en un bloque y como teniendo cuidado de tener bien secuestrado en lo alto al hombre glorioso. Si se realizase esa maqueta habría que buscar al héroe con un pequeño telescopio.

Hay otras maquetas que son francamente montañas para el águila y a lo más el pobre pensador atomorizado está sentado, como en un picnic alpinista que durara siglos, aprovechando una de las estribaciones de la montaña. Se ve que está atomorizado, esperando el momento en que el águila se lo coma.

La variedad de las maquetas es infinita pues es incalculable la capacidad de la imaginación humana para el monumento, para colocar unas cosas sobre otras, para el rompecabezas monstruo.

Algunos maquetistas —maquetista es otra cosa— llegan a emplear la fórmula de las tortas de bodas y construyen por pisos la maqueta siguiendo la receta de las tortas imperiales.

En el primer piso de esas tortas ponen mucho azúcar, muchas yemas de huevo y hasta ese poco de bicarbonato que está prescrito entre los ingredientes, y después siguen con el segundo y el tercer piso llegando a seis pisos.

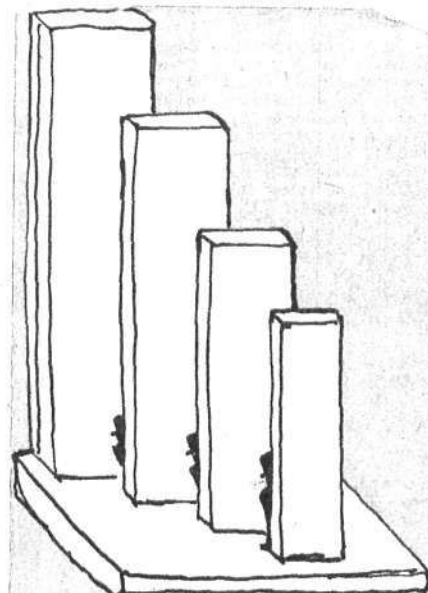
Esos maquetistas dulceros intentan además coaccionar al jurado dejando que pruebe su maqueta y como se mezcla el coñac al dulce eso les torna propicios a concederles el premio.

Algún miembro del jurado ha recibido alguna vez carta en la que se le proponía regalarle la torta de bodas de la maqueta si concedía su voto a la

obra, comunicándole el secreto almenadrado y guirlichesco de la aparente obra escultórica.

No quiero decir con todo esto que en las exposiciones de maquetas no haya obras de mérito. Se destacan en seguida. Son dos o tres que se puede asegurar que será raro que sean las elegidas y en las que el prodigio que es el arte verdadero hace que aun en su modelo reducido den la sensación de estar acabadas y estar ocupando con grandeza la gran plaza que se les ha conseguido.

La escultura es la más pura y más ática de las bellas artes y por eso es necesario que sus obras sean perfectas y realicen el más difícil de los triunfos,



que lo material se torne inmaterial y etéreo.

Por eso combatimos esos monumentos que se nos vienen encima, que nos abruman con su mazacote, que pesan sobre nuestros hombros como si el espectador se convirtiese en ciclope o levantador de pesos pesados.

Que me perdonen los buenos escultores pero tengo el terror de las maquetas y como las de sus obras no están solitarias, después tengo el vicio de soñar con monumentos en fila y como las pesadillas son ensañadas en esos sueños aparecen inauguradas las más inverosímiles maquetas convertidas en monumentos definitivos.

(Ilustraciones del escritor)

